

LOS PELIGROS DEL DELEITE

LA CONSIDERACIÓN DEL DELEITE COMO UN DEBER ES CONTROVERSIAL

«Deleite cristiano» es un nombre controversial para una antiquísima manera de vivir. Se remonta a Moisés, el que escribió los primeros libros de la Biblia y amenazó con cosas terribles si no estábamos felices: «Pues no serviste al SEÑOR tu Dios con gozo y alegría serás esclavo de los enemigos» (Deut. 28:47-48).

Se remonta al rey de Israel, David, que llamaba a Dios su «supremo gozo» (Salmo 43:4); que decía: «Adoren al SEÑOR con regocijo» (Salmo 100:2); «Deléitate en el SEÑOR» (Salmo 37:4); que oraba: «Sácianos de tu amor por la mañana, y toda nuestra vida cantaremos de alegría» (Salmo 90:14); y que prometió que el placer absoluto y duradero solo se encuentra en Dios: «Me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha» (Salmo 16:11).

Se remonta a Jesús que dijo: «Dichosos serán ustedes cuando por mi causa la gente los insulte. Alégrese y llénense de júbilo, porque les espera una gran recompensa en el cielo» (Mateo 5:11-12); y también dijo: «Les he dicho esto para que tengan mi alegría y así su alegría sea completa» (Juan 15:11); y «quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz» (Hebreos 12:2); y prometió que, al final, los siervos fieles escucharán las palabras: «Entra en el gozo de tu Señor» (Mateo 25:21)

También a Santiago, el hermano de Jesús, que dijo: «Considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas» (Santiago 1:2). Al apóstol Pablo que estaba «aparentemente tristes, pero siempre alegres» (2Corintios 6:10); que describió el ministerio de su equipo al «contribuir a la alegría» (2Corintios 1:24); que les ordenó a los cristianos: «Alégrese siempre en el Señor» (Filipenses 4:4); y hasta dijo que debemos «gloriamos en las tribulaciones» (Romanos 5:3).

Al apóstol Pedro que dijo: «Alégrese de tener parte en los sufrimientos de Cristo, para que también sea inmensa su alegría cuando se revele la gloria de Cristo» (1Pedro 4:13).

A San Agustín que, en el año 386, encontró la liberación de la lascivia y la lujuria en los deleites superiores de Dios. «¡Qué dulce fue librarme de inmediato de aquellos goces infructuosos que alguna vez temí perder! Los quitaste de mí, tú que eres el gozo verdadero y soberano. Los quitaste de mí y tomaste su lugar, tú que eres más dulce que todo el placer junto».

A Blaise Pascal quien vio que «todos los hombres buscan la felicidad, sin excepción alguna. Sean cuales sean los medios que utilicen, todos apuntan a este fin. La voluntad jamás da un solo paso que no tenga este objetivo. Es el motivo de cada acción de todos los hombres, incluso de los que se ahorcan».

A Jonathan Edwards, que descubrió y enseñó con más vehemencia que ninguno, que «la felicidad de la criatura consiste en regocijarse en Dios, mediante lo cual, Dios también es magnificado y exaltado». «El propósito de la creación es que glorifique [a Dios]. Ahora bien, ¿qué es glorificar a Dios sino regocijarse en esa gloria que ha manifestado?»

Y a miles de misioneros que dejaron todo por Cristo y al final dijeron, junto con David Livingstone: «Jamás hice un sacrificio».

Por lo tanto, si el goce cristiano es tan antiguo, ¿por qué trae tanta controversia? Una de las razones es que insiste en que el gozo no es una simple consecuencia de la obediencia a Dios, sino parte de ella. Parece que la gente está dispuesta a permitir que el gozo sea un derivado de nuestra relación con Dios, pero no una parte esencial de la misma. La gente se siente incómoda al pensar que estamos obligados a perseguir el gozo.

Dicen cosas tales como: «No persigas el gozo; persigue la obediencia». Sin embargo, el goce cristiano responde: «Eso es como decir: "No comas manzanas; come fruta"». Esto se debe a que el gozo es un acto de obediencia. Se nos manda a que nos alegremos en Dios. Si la obediencia es hacer lo que Dios manda, el gozo no es una simple consecuencia de la obediencia, sino que es obediencia.

La Biblia nos dice una y otra vez que busquemos el gozo: «¡Alégrese, ustedes los justos; regocíjense en el SEÑOR! ¡Canten todos ustedes, los rectos de corazón!» (Salmo 32:11). «Alégrese y canten con júbilo las naciones» (Salmo 67:4). «Delítate en el SEÑOR» (Salmo 37:4). «Alégrese de que sus nombres están escritos en el cielo» (Lucas 10:20). «Alégrese siempre en el Señor. Insisto: ¡Alégrese!» (Filipenses 4:4).

La Biblia no nos enseña a tratar al deleite como una simple consecuencia del deber, es un deber cristiano estar tan feliz como sea posible'. Sí, es arriesgado y controversial, pero es la verdad más estricta. La mayor felicidad, tanto en su aspecto cuantitativo como cualitativo, es precisamente lo que estamos obligados a perseguir.

Un sabio cristiano describió la relación entre el deber y el deleite de la siguiente manera:

Imagina que un esposo le pregunta a su esposa si debe darle un beso de buenas noches. Ella responde: «Debes, pero no con esa clase de deber». Lo que quiere decir es: «A menos que te motive un afecto espontáneo hacia mi persona, tus insinuaciones carecen por completo de valor moral».

En otras palabras, si en el beso no hay placer, no se cumplió con el deber de besar. El deleite en la persona, expresado a través del beso, es parte del deber, no algo que viene como consecuencia del mismo.

No obstante, si esto es verdad, si deleitarse en hacer el bien es parte de lo que es hacer el bien, la búsqueda del placer es parte de la búsqueda de la virtud. Ya ves por qué comienza a tornarse controvertido. Es la seriedad que entraña. «¿En verdad quieres decir eso?», pregunta alguien. «¿En verdad quieres decir que el hedonismo no es solo una palabra engañosa para captar nuestra atención? Por lo que dices, se trata de una verdad totalmente apabullante acerca de la manera en que debemos vivir. La búsqueda del placer es, entonces, una parte necesaria para ser una buena persona». Eso es. Eso es lo que quiero decir. Eso es lo que la Biblia quiere decir. Eso es lo que Dios quiere decir. Es muy serio.

No estamos haciendo juegos de palabras.

Vamos a ser claros como el cristal: Siempre estamos hablando de gozarnos en Dios. Hasta el gozo que sentimos al hacer el bien es, en definitiva, gozo en Dios, pues el bien supremo al cual siempre apuntamos es mostrar la gloria de Dios y extender nuestro propio gozo en Dios hacia los demás. Cualquier otro gozo sería insuficiente en el aspecto cualitativo para el anhelo de nuestras almas y demasiado breve en el aspecto cuantitativo para nuestra necesidad eterna. Solo en Dios se encuentra la plenitud de gozo para siempre.

«En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre» (Salmo 16:11).

GLORIFICA A DIOS AL DISFRUTARLO

PARA SIEMPRE

Nos crearon para maximizar nuestro gozo en Dios. «Un momento», interviene alguien, «¿qué me dices de la gloria de Dios? ¿Acaso no nos creó para su gloria? Sin embargo, ¡aquí dices que nos creó para que persigamos nuestro gozo!» ¿En qué quedamos? ¿Nos crearon para su gloria o para nuestro gozo?

¡Ah, con toda mi alma estoy de acuerdo en que Dios nos creó para su gloria! ¡Sí, no cabe duda! Dios es la persona más centrada en sí misma del universo. Este concepto late sin cesar en todo lo que predico y escribo. El hedonismo cristiano está diseñado para preservar y perseguir este fin. El propósito principal de Dios es glorificar a Dios. La Biblia lo dice en todas partes. Es el objetivo de todo lo que hace Dios.

La meta de Dios en cada paso de la creación y de la salvación es magnificar su gloria. Tú puedes magnificarla con un microscopio o con un telescopio. El microscopio magnifica al hacer que las cosas pequeñas parezcan más grandes de lo que son. El telescopio magnifica al hacer que cosas gigantes (como las estrellas), que parecen pequeñas, se acerquen más a su tamaño real. Dios creó el universo para magnificar su gloria como el telescopio magnifica las estrellas. Todo lo que hace en nuestra salvación se diseñó para magnificar la gloria de su gracia de esta manera.

Consideremos, por ejemplo, algunos de los pasos de nuestra salvación: la predestinación, la creación, la encarnación, la propiciación, la santificación y la consumación. En cada uno de esos pasos, la Biblia dice que Dios hace estas cosas, a través de Jesucristo, para mostrar y magnificar su gloria.

Predestinación: «Nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, para alabanza de su gloriosa gracia, que nos concedió en su Amado» (Efesios 1:5-6).

Creación: «Trae a mis hijos desde lejos y a mis hijas desde los confines de la tierra. Trae a todo el que sea llamado por mi nombre, al que yo he creado para mi gloria» (Isaías 43:6-7).

Encarnación: «Cristo se hizo servidor de los judíos para demostrar la fidelidad de Dios, a fin de confirmar las promesas hechas a los patriarcas, y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su compasión» (Romanos 15:8-9).

Propiciación: «Dios puso [a Cristo] como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados» (Romanos 3:25, RV-60).

Santificación: «Esto es lo que pido en oración: que el amor de ustedes abunde cada vez más [...] llenos del fruto de justicia que se produce por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios» (Filipenses 1:9, 11).

Consumación: «[Los que no obedecen al evangelio] sufrirán el castigo de la destrucción eterna, lejos de la presencia del Señor y de la majestad de su poder, el día en que venga para ser glorificado por medio de sus santos y admirado por todos los que hayan creído» (2Tesalonicenses 1:9-10).

Por lo tanto, estoy de acuerdo por completo con la persona que dice: «¡Dios nos creó y nos salvó para su gloria!».

«Muy bien», dice mi amigo y pregunta, « ¿cómo puede decir que el propósito de la vida es maximizar nuestro gozo? ¿Acaso Dios no nos creó para manifestar su propósito supremo: glorificarse a sí mismo? ¿En qué quedamos? ¿Nos crearon para su gloria o para nuestro gozo?»

¡He aquí estamos en el meollo del hedonismo cristiano! Si hay algo que debes captar es esto. Lo aprendí de Jonathan Edwards, de C.S. Lewis, y lo que es más importante aun, del apóstol Pablo.

Edwards fue el pastor y teólogo más grande que quizá produjera Estados Unidos. En 1755, escribió un libro llamado *The End for Which God Created the World* [El fin para el cual Dios creó el mundo]. El fundamento y el propósito de ese libro contienen el siguiente concepto perspicaz y sorprendente. Es la base más profunda del hedonismo cristiano. Lee con detenimiento el texto de Edwards para captar su brillante resolución.

A Dios no solo se glorifica mostrando su gloria, sino a través de gozarse en ella. Cuando los que la ven se deleitan en ella, Dios se glorifica más que si lo único que hacen es verla. Entonces, toda el alma recibe su gloria, tanto a través del entendimiento como del corazón. Dios creó el mundo a fin de comunicarles su gloria a sus criaturas y para que estas la reciban; y para recibirla tanto de mente como de corazón. El que da testimonio de la idea que tiene de la gloria de Dios no glorifica tanto a Dios como aquel que testifica también de su deleite en ella.

Esta es la solución. ¿Te creó Dios para su gloria o para tu gozo? Respuesta: Te creó para que pases la eternidad glorificándolo al disfrutar siempre de Él. En otras palabras, no tienes que elegir entre glorificar a Dios o disfrutar de Él. En realidad, no debes atreverte a elegir. Si abandonas una, pierdes la otra. Edwards tiene toda la razón: «A Dios no solo se glorifica mostrando su gloria, sino a través de gozarse en ella». Si no nos gozamos en Dios, no lo glorificamos como debemos.

Aquí se encuentra el fundamento sólido del hedonismo cristiano: Dios recibe más gloria .en nosotros cuando más satisfechos estamos en Él. Esta es la mejor noticia del mundo. La pasión que Dios tiene de que le glorifiquen y la pasión que yo tengo de recibir satisfacción no se contraponen.

Tú podrías poner tu mundo patas arriba al cambiar una palabra en tu credo. Por ejemplo, cambia y por al. El viejo catecismo de Westminster pregunta: «¿Cuál es el fin principal del hombre?». Y responde: «El fin principal del hombre es glorificar a Dios y disfrutar de Él para siempre». ¿Y?

¿Glorificar a Dios y disfrutar de Él son dos cosas distintas? Es evidente que los viejos pastores que escribieron el catecismo no pensaban que estaban hablando de dos cosas diferentes. Dijeron «fin principal», no «fines principales». En sus mentes, glorificar a Dios y disfrutar de Él era un mismo fin, no dos.

El objetivo del hedonismo cristiano es mostrar por qué esto es así. Se propone mostrar que glorificamos a Dios al disfrutar de Él para siempre. Esta es la esencia del hedonismo cristiano. Dios se glorifica más en nosotros cuando estamos más satisfechos en Él.

Tal vez ahora te des cuenta de lo que me impulsa a ser tan absoluto al respecto. Si es verdad que Dios se glorifica más en nosotros cuando estamos más satisfechos en Él, fíjate lo que está en juego en nuestra búsqueda del gozo. ¡La gloria de Dios está en juego! Al decir que perseguir el gozo no es esencial, digo que glorificar a Dios no es esencial. No obstante, si glorificar a Dios es lo que en definitiva importa, perseguir la satisfacción ¡que muestra su gloria es, en definitiva, lo que importa.

El hedonismo cristiano no es un juego. Todo el universo gira a su alrededor.

Esto implica de manera absoluta que perseguir el placer en Dios es nuestro llamado más alto. Es esencial para toda virtud y reverencia. Ya sea que pienses en tu vida en forma vertical, en relación con Dios, o en forma horizontal, en relación con los hombres, la búsqueda del placer en Dios es crucial, no opcional. Enseguida veremos que el amor genuino hacia la gente y la adoración genuina a Dios dependen de la búsqueda del gozo.

Antes de ver estas cosas en la Biblia, C.S. Lewis me atrapó sin que yo lo anduviera buscando. Me encontraba de pie en la librería Vroman que está en la Avenida Colorado en Pasadena, California, el otoño de 1968. Tomé un delgado ejemplar azul del libro de Lewis *The Weight of Glory* [El peso de la gloria]. La primera página cambió mi vida.

Si quedara en la mayoría de las mentes humanas la idea de que es algo malo el deseo de nuestro propio bien y la esperanza ansiosa de su disfrute, propusiera que esta idea proviene de Kant y de los estoicos, y de ninguna manera debe considerarse como parte de la fe cristiana. Por el contrario, las tan claras promesas de premios y la naturaleza tan espectacular de las recompensas prometidas en los Evangelios, parecieran decirnos que nuestro Señor no cree que nuestros deseos sean demasiado fuertes, sino demasiado débiles. Somos criaturas desganadas, que pasamos el tiempo jugando con la sexualidad, con las bebidas y con la ambición, cuando lo que se nos ofrece es un gozo infinito. Somos como aquel niño del barrio pobre que en su ignorancia quiere seguir jugando con sus pasteles de lodo, pues es incapaz de imaginarse lo que significan unas vacaciones en la playa. O sea, somos demasiado fáciles de complacer.

Jamás en mi vida había escuchado a alguien decir que el problema del mundo no era la intensidad de nuestra búsqueda de la felicidad, sino la debilidad de la misma. Todo mi ser decía a gritos: ¡Sí, eso «Allí estaba en blanco y negro, y a mi mente le resultaba convincente por completo: El gran problema de los seres humanos es que somos demasiado fáciles de complacer. Estamos muy lejos de buscar el placer con la determinación y la pasión que deberíamos. Y así, nos conformamos con saciar nuestro apetito con pasteles de lodo en lugar de obtener el deleite infinito.

Lewis dijo: «Somos demasiado fáciles de complacer». Casi todos los mandamientos de Cristo están motivados por «las tan claras promesas de premios». «La naturaleza tan espectacular de las recompensas prometidas en los Evangelios, parecieran decirnos que nuestro Señor no cree que nuestros deseos sean demasiado fuertes, sino demasiado débiles».

Así es. Sin embargo, ¿qué tiene que ver esto con la alabanza y la gloria de Dios? El hedonismo cristiano no solo dice que debemos perseguir el gozo que promete Jesús, sino que a Dios mismo lo glorificamos en esta búsqueda. Lewis me ayudó a ver esto también.

Hubo otra página explosiva, esta vez en su libro *Reflections on the Psalms* [Reflexiones sobre los Salmos]. ¡Aquí muestra que la verdadera naturaleza de la alabanza es la consumación del gozo en lo que admiramos.

Aunque parezca mentira, pasé por alto el hecho más evidente sobre la alabanza, ya sea a Dios o a cualquier otra cosa nunca me había dado cuenta de que todo lo que se disfruta fluye de forma espontánea en alabanza los enamorados alaban a la dama que aman, los lectores a su poeta favorito, los que disfrutan del aire libre en el campo. Todo mi problema en cuanto a la alabanza a Dios dependía de la absurda negación que sentía hacia lo que es de sumo valor, a lo que nos encanta hacer, a lo que en verdad no podemos dejar de hacer, hacia todo lo que valoramos. Pienso que nos deleitamos en alabar todo lo que disfrutamos porque la alabanza no solo expresa el placer, sino que lo completa.

De esta manera, Lewis me ayudó a juntar todas las piezas. Buscar el gozo en Dios y alabar a Dios no son actos separados. «La alabanza no solo expresa el placer, sino que lo completa». La adoración no se agrega al gozo y el gozo no es una consecuencia de la adoración. La adoración es la valoración de Dios. Y cuando esta valoración es intensa, es gozo en Dios. Por lo tanto, la esencia de la adoración es el deleite en Dios que muestra el valor que Él tiene para satisfacernos por completo.

El apóstol Pablo dio el cierre final a mi cuadro del hedonismo cristiano con su testimonio en Filipenses 1. Aquí tenemos la declaración bíblica más clara de que Dios se glorifica más en nosotros mientras más satisfechos estemos en Él. Desde la prisión en Roma escribe:

Conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado, sino que con toda confianza, aun ahora, como siempre, Cristo será exaltado en mi cuerpo, ya sea por vida o por muerte. Pues para mí, el vivir es Cristo y el morir es ganancia. (Filipenses 1:20-21, LBLA)

Así que su objetivo es que Cristo sea «exaltado» o «magnificado» o «glorificado» en su cuerpo. Desea que esto suceda ya sea que viva o muera. En la vida o en la muerte, su misión es magnificar a Cristo: mostrar que Cristo es magnífico, glorificar a Cristo, demostrar que El es grande. Esto queda claro en el versículo 20: «Cristo será exaltado en mi cuerpo, ya sea por vida o por muerte». La pregunta es: ¿Cómo esperaba que sucediera esto? Pablo nos muestra la respuesta en el versículo 21: «Pues para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia». Fíjate cómo las palabras «vivir» y «morir» en el versículo 21 se corresponden con las palabras «vida» y «muerte» en el versículo 20. Y la conexión entre los dos versículos está en que el 21 muestra la base de exaltar a Cristo ya sea al vivir o al morir.

Versículo 20	Versículo 21
Cristo será exaltado....	porque para mí
ya sea por vida.....	el vivir es Cristo
o por muerte.....	y el morir es ganancia

Considera primero el par, «muerte» (versículo 20) y «morir» (versículo 21): Cristo puede ser exaltado en mi cuerpo a través de mi muerte porque para mí el morir es ganancia. Medítalo. Cristo será magnificado en mi muerte si para mí el morir es ganancia. ¿Ves el significado de esta declaración en cuanto a la manera en que se magnifica a Cristo? El Señor es magnificado en la muerte de Pablo si este experimenta la muerte como ganancia.

¿Por qué? Porque Cristo mismo es la ganancia. El versículo 23 lo aclara: «[Mi] deseo [es] partir [o sea, morir] y estar con Cristo, que es muchísimo mejor». Eso es lo que representa la muerte para los cristianos: llevarnos a una mayor intimidad con Cristo. Partimos y estamos con Cristo, y eso es ganancia. Y cuando se experimenta la muerte de esta manera, según Pablo, Cristo es exaltando en nuestro cuerpo. Al experimentar a Cristo como ganancia en nuestra muerte, lo magnificamos. Es la esencia de la adoración en la hora de la muerte.

Si deseas glorificar a Cristo en tu muerte, debes experimentar la muerte como ganancia. Esto quiere decir que Cristo debe ser tu premio, tu tesoro, tu gozo. Debe representar una satisfacción tan profunda que cuando la muerte nos quita todo lo que amamos pero nos da más de Cristo, la consideramos ganancia. Cuando estás satisfecho con Cristo al morir, El se glorifica en tu muerte.

Lo mismo sucede con la vida. Magnificamos a Cristo en la vida, según Pablo, al experimentarlo como nuestro tesoro máspreciado. Eso es lo que quiere decir en el versículo 21 cuando dice: «Pues para mí el vivir es Cristo». Lo sabemos porque en Filipenses 3:8 Pablo dice: «Todo lo considero pérdida por razón del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo he perdido todo, y lo tengo por estiércol, a fin de ganar a Cristo».

Por lo tanto, lo que Pablo quiere señalar es que la vida y la muerte, para un cristiano, son actos de adoración: exaltan y magnifican a Cristo, revelan y expresan su grandeza, cuando provienen de una experiencia interior de atesorar a Cristo como ganancia. Cuando valoramos a Cristo por encima de cualquier otra cosa en la vida, El es glorificado en la muerte. Y es más glorificado en la vida cuando estamos más satisfechos en El incluso antes de morir.

El común denominador entre vivir y morir es que Cristo es el tesoro máspreciado que abrazamos ya sea que vivamos o que muramos. Cuando valoramos a Cristo, Él es glorificado. Se magnifica como un glorioso tesoro cuando se convierte en nuestro placer sin igual. Por tanto, si deseamos alabarle y magnificarle, no deberíamos atrevernos a ser indiferentes en cuanto a valorarlo y encontrar placer en Él. Si el honor de Cristo es nuestra pasión, nuestro deber es la búsqueda del placer en Él.

LOS AFECTOS NO SON OPCIONALES

Es probable que te des cuenta del porqué me resulta tan asombroso que tanta gente trate de definir al verdadero cristianismo en términos de decisiones y no de sentimientos. No significa que las decisiones no sean esenciales. El problema es que se pueden tomar sin que exista una gran transformación. Las simples decisiones no son una evidencia segura de una verdadera obra de gracia en el corazón. La gente quizá tome «decisiones» en cuanto a la verdad de Dios en tanto que sus corazones están lejos de El.

Nos hemos alejado mucho del cristianismo bíblico de Jonathan Edwards. El se refirió a 1Pedro 1:8 y sostuvo que «la verdadera religión consiste, en gran parte, en los sentimientos».

Ustedes lo aman a pesar de no haberlo visto; y aunque no lo ven ahora, creen en él y se alegran con un gozo indescriptible y glorioso. (1 Pedro 1:8)

A través de las Escrituras, se nos manda a sentir, no solo a pensar ni decidir. Se nos ordena que experimentemos decenas de emociones, no solo que realicemos actos de la voluntad.

Por ejemplo, Dios nos manda que no codiciemos (Éxodo 20:17), y es evidente que detrás de cada mandamiento a no tener cierto sentimiento también se nos manda a tener cierto sentimiento. Lo opuesto de la codicia es el contentamiento, y eso es exactamente lo que se nos manda que experimentemos en Hebreos 13:5: «Conténtense con lo que tienen».

Dios nos manda que no guardemos rencor (Levítico 19:18). El lado positivo de no guardar rencor es perdonar «de corazón». Esto es lo que Jesús nos ordena en Mateo 18:35: «Cada uno perdona de corazón a su hermano». La Biblia no dice: «Solo tomen la decisión de no guardar rencor». Dice: «Experimenten un cambio de corazón». Incluso va más allá y nos ordena cierta intensidad. Por ejemplo, 1Pedro 1:22 ordena: «Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro» (RV-60). Y Romanos 12:10 ordena: «Ámense los unos a los otros con amor fraternal».

Por lo general, a la gente le preocupa la enseñanza del hedonismo cristiano que dice que las emociones son parte de nuestra obligación, que son un mandamiento. Esto resulta extraño porque nuestras emociones no se encuentran bajo nuestro control inmediato como parecen estar los actos de la voluntad. Sin embargo, el hedonismo cristiano dice: «Considera la Escritura». A lo largo de todas las Escrituras las emociones son un mandamiento.

La Escritura nos ordena que nos gocemos, que tengamos esperanza, temor, paz, bondad, que sintamos profunda pena, deseo, contrición, que tengamos humildad, etc." Por lo tanto, el hedonismo cristiano no hace demasiado énfasis en las emociones cuando nos dice que la satisfacción en Dios es nuestra vocación y deber.

Es cierto que nuestros corazones a menudo son torpes. No sentimos la profundidad ni la intensidad de las emociones que son apropiadas para Dios o su causa. Es verdad que en esos momentos debemos ejercer la voluntad y tomar decisiones con las cuales esperamos reavivar nuestro gozo. A pesar de que el amor carente de gozo no es nuestra meta («Dios ama al que da con alegría», 2Corintios 9:7; «Muestra misericordia, con alegría», Romanos 12:8, LBA), de todas maneras es mejor cumplir con una obligación sin gozo que dejar de cumplirla, si es que existe un espíritu de arrepentimiento al reconocer que no hemos cumplido con todo nuestro deber debido a la torpeza de nuestros corazones.

Muchas veces me preguntan qué debe hacer un cristiano si no tiene en su interior la alegría de la obediencia. Es una buena pregunta. Mi respuesta es que no se debe seguir adelante con la obligación pensando que los sentimientos sencillamente no tienen importancia. ¡Claro que la tienen! Mi respuesta consta de tres pasos. En primer lugar, confiesa el pecado de la falta de gozo. («Mi corazón desfallece; llévame a una roca donde esté yo a salvo», Salmo 61:2). Reconoce la frialdad de tu corazón. No digas que no importa cómo te sientes. En segundo lugar, ora con sinceridad para que Dios restaure el gozo de la obediencia. («Me agrada, Dios mío, hacer tu voluntad; tu ley la llevo dentro de mí», Salmo 40:8).

En tercer lugar, sigue adelante y cumple con la dimensión externa de tu obligación con la esperanza de que así se reavivara el deleite.

Esto es muy diferente a decir: «Cumple con tu obligación porque los sentimientos no tienen importancia» estos pasos dan por sentado que existe tal cosa como la hipocresía. Se basan en la creencia de que nuestra meta es la unión del placer y del deber, y que justificar su separación es justificar el pecado.

Es verdad, cada vez se hace más evidente que la experiencia de gozo en Dios se encuentra más allá de lo que el corazón pecaminoso es capaz de lograr. Va en contra de nuestra naturaleza. Estamos esclavizados al placer que nos proporcionan otras cosas (Romanos 6:17). No podemos decidir estar contentos con algo que encontramos aburrido, carente de interés, desagradable... como Dios. La creación de un cristiano hedonista es un milagro de gracia soberana. Es por eso que Pablo dijo que pasar a ser un cristiano es como pasar de muerte a vida («[Dios] nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados», Efesios 2:5). Es por eso que Jesús dijo que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que un rico dejara de amar al dinero y comenzara a amar a Dios (Marcos 10:25). Los camellos no pueden pasar por el ojo de una aguja así como los muertos no se pueden levantar solos de la muerte. Por lo cual, Jesús añade: «Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque todas las cosas son posibles para Dios» (Marcos 10:27, LBLA). Por eso el hedonismo cristiano genera una dependencia absoluta de la soberanía de Dios. Nos enseña a escuchar el mandamiento: «Deléitate en el

SEÑOR», y luego a orar con San Agustín diciendo: «Ordena lo que desees, pero danos lo que ordenas»²⁰.

LA BÚSQUEDA DEL PLACER DEBILITA EL ORGULLO Y LA AUTOCOMPASIÓN

Contra todo orgullo humano: «También escogió Dios lo más bajo y despreciado, y lo que no es nada, para anular lo que es, a fin de que en su presencia nadie pueda jactarse» (1Corintios 1:28-29). Cualquier visión de la vida cristiana que alegue estar de acuerdo con la enseñanza bíblica debe ser enemiga del orgullo. Este es uno de los grandes valores del hedonismo cristiano. Debilita el poder del orgullo.

El orgullo es el primer mal que surgió en el universo. El Señor no deja lugar a dudas en cuanto a lo que siente al respecto: «Yo aborrezco el orgullo y la arrogancia» (Proverbios 8:13).

El hedonismo cristiano combate el orgullo porque ubica al hombre en la categoría de un vaso vacío bajo la fuente de Dios. Los filántropos pueden jactarse. Los que reciben la caridad no. La experiencia primaria del cristiano hedonista es la de alguien que se encuentra indefenso, desesperado y anhelante. Cuando la contracorriente del mar arrastra a un niño indefenso y su padre lo levanta justo a tiempo, el niño no se jacta, abraza a su padre.

La naturaleza y la profundidad del orgullo humano se ven con mayor claridad al comparar la jactancia con la autocompasión. Ambas son manifestaciones del orgullo. La jactancia es la respuesta del orgullo al éxito. La auto-compasión es la respuesta del orgullo al sufrimiento. La jactancia dice: «Merezco admiración por todo lo que he logrado». La autocompasión dice: «Merezco admiración por todo lo que he sufrido». La jactancia es la voz del orgullo en el corazón del fuerte. La autocompasión es la voz del orgullo en el corazón del débil. La jactancia suena a autosuficiencia. La autocompasión suena a sacrificio.

La autocompasión no parece ser orgullo porque da la impresión de ser muy necesaria. Sin embargo, la necesidad surge de un ego herido. No proviene de la conciencia de falta de mérito, sino de la conciencia de una falta de reconocimiento del mérito. Es la respuesta al orgullo que no recibe aplausos.

El hedonismo cristiano arranca la raíz de la auto-compasión. La gente no siente lástima de sí misma cuando acepta el sufrimiento en pro del gozo.

Dios los bendecirá cuando, por causa mía, la gente los maltrate y diga mentiras contra ustedes. ¡Alégrese! ¡Pónganse contentos! Porque van a recibir un gran premio en el cielo. Así maltrataron también a los profetas que vivieron antes que ustedes. (Mateo 5:11-12, BLS)

Esta es el hacha que se le pone a la raíz de la autocompasión. Cuando los cristianos hedonistas tienen que sufrir por amor a Cristo, no utilizan sus propios recursos como héroes. Parecen niños

pequeños que confían en la fuerza de su padre y que desean el gozo de su recompensa. Los que más han sufrido por Cristo siempre han rechazado la alabanza y la compasión dando prueba fehaciente de su hedonismo cristiano. Esto lo veremos sobre todo en las vidas de los misioneros en el último capítulo.

Ese principio se ve en acción una y otra vez entre los piadosos. Por ejemplo, conocí al profesor de un seminario que también prestaba su servicio como ujier en el palco de una gran iglesia. Una vez, cuando fue a tomar parte en una reunión, el pastor lo encomió por su disposición para servir en esta tarea sin brillo a pesar de tener un doctorado en teología. El profesor desvió y minimizó con humildad el elogio al citar el Salmo 84:10: Vale más pasar un día en tus atrios, que mil fuera de ellos; prefiero cuidar la entrada de la casa de mi Dios que habitar entre los impíos.

En otras palabras: «No piensen que mi comportamiento es heroico porque soy capaz de vencer los grandes obstáculos que presenta mi falta de inclinación natural para cuidar las puertas del santuario. La Palabra de Dios dice que me traerá una gran bendición. De esta manera, maximizo mi gozo en Dios». No nos compadecemos de los que solo hacen lo que les proporciona más felicidad, ni los elogiamos en exceso. Y aunque nos parezca que esto es una virtud, nuestra admiración se desviará hacia el Tesoro que satisface sus almas, no a la simple experiencia de satisfacción. Disfrutar de aquel que es infinitamente Deleitoso no es una gran hazaña, a menos que esté muerto en lo espiritual. Aun así, en tal caso, la solución es la resurrección, y solo Dios levanta a los muertos. Lo que nos queda a nosotros es aspirar el dulce aire de gracia que se respira fuera de la tumba.

La mayoría de la gente reconoce que si algo se hace por placer, incluso en el plano horizontal, es una lección de humildad. Por ejemplo, un hombre de negocios lleva a algunos amigos a cenar. Cuando firma el cheque, sus amigos comienzan a decir qué bueno fue de su parte pagarles la cena. Sin embargo, él solo levanta la mano en un gesto que dice: «Suficiente». Luego dice: «El gusto es mío». En otras palabras, si hago una buena obra por placer, se rompe el impulso del orgullo. La ruptura de este impulso es la voluntad de Dios y es una de las razones por las que el hedonismo cristiano es tan importante para la vida cristiana.

BUSCA TU GOZO EN EL GOZO DEL AMADO

Espero que hasta aquí haya quedado claro que si vas a Dios con diligencia, ofreciéndole la recompensa de tu compañerismo en lugar de anhelar su recompensa, te exaltas por encima de Dios y lo rebajas a la categoría de un beneficiario necesitado. Eso es funesto.

La única manera de glorificar la suficiencia absoluta de Dios es venir a El porque en su presencia hay plenitud de gozo y en su diestra hay delicias para siempre (Salmo 16:11). A esto podríamos llamarlo hedonismo cristiano vertical. En el eje vertical de la vida, aquel que conecta al hombre con Dios, la búsqueda del placer no solo es tolerable, sino que es obligatoria: «¡Deléitate en el SEÑOR!». El objetivo principal del hombre es glorificar a Dios al disfrutar de El para siempre.

Sin embargo, ¿qué me dices del hedonismo cristiano horizontal? ¿Qué me dices de las relaciones de amor con las demás personas? ¿El ideal entre los hombres es la benevolencia desinteresada o la búsqueda del placer es apropiada e incluso obligatoria para toda clase de amor humano que agrade a Dios?

El hedonismo cristiano responde: La búsqueda del placer es una motivación esencial en toda buena obra. Si lo que te propones hacer es abandonar la búsqueda del placer total y duradero, no puedes amar a la gente ni agradar a Dios.

Cuando una vez prediqué acerca de esto, un profesor de filosofía me escribió una carta en la que me hacía la siguiente crítica:

¿Acaso no sostiene la moralidad que deberíamos hacer el bien porque es bueno? Sugiero que deberíamos hacer el bien y comportarnos de manera virtuosa porque es bueno y virtuoso; la bendición de Dios y la felicidad que El nos da son una consecuencia, no el motivo por el cual lo hacemos.

Otro autor famoso dice: «Para el cristiano, la felicidad nunca debe convertirse en la meta que persigue. Esta siempre debe ser la sorpresa inesperada de una vida de servicio».

Esta cita representa la corriente de la opinión general contra la cual nada sin cesar el hedonista cristiano. Considera que este concepto es contrario a la Escritura y contrario al amor y, en definitiva, deshonra a Dios.

No cabe duda de que nos vienen a la mente pasajes que parecen decir lo contrario de lo que afirma el hedonismo cristiano. Por ejemplo, en el gran «capítulo del amor», el apóstol Pablo dice que el amor «no es egoísta» (1Corintios 13:5). ¿Quiere decir que sería una falta de amor deleitarse en hacer el bien?

De acuerdo con el profeta Miqueas, Dios no solo nos ordenó que seamos misericordiosos, sino que nos mandó amar la misericordia. «¡Ya se te ha declarado lo que es bueno! Ya se te ha dicho lo que de ti espera el SEÑOR: Practicar la justicia, amar la misericordia, y humillarte ante tu Dios» (Miqueas 6:8). ¿Obedecer el mandamiento de «amar la misericordia» implica que debo desobedecer la enseñanza de 1 Corintios 13:5 en cuanto a que el amor «no es egoísta» cuando se muestra misericordia?

No. Eso no es lo que Pablo tiene en mente. Sabemos que no, pues en el versículo 3 nos motiva en verdad a que nuestro anhelo de sacar ganancia nos lleve a amar: «Si reparto entre los pobres todo lo que poseo, y si entrego mi cuerpo para que lo consuman las llamas, pero no tengo amor, nada gano con eso». Si el amor genuino no debe atreverse a poner la mira en su propia ganancia, ¿no es extraño que Pablo nos advierta que al no tener amor nos robaríamos la «ganancia»?

Si le otorgamos a Pablo el beneficio de la duda, ¿no deberíamos suponer que existe una clase de «ganancia» que es mala como motivación (por consiguiente, el amor «no es egoísta») y que también hay una clase de «ganancia» que es buena como motivación (por consiguiente, si «no tengo amor, nada gano con eso»)?

¿Cuál es la buena ganancia? Jonathan Edwards da una respuesta convincente:

En algún sentido, la persona más benevolente y generosa del mundo busca su propia felicidad al hacerles bien a los demás porque deposita su felicidad en el bien de ellos. Su mente es tan amplia que los toma, por así decir, y los pone dentro de sí. De ese modo, cuando ellos están felices, él se siente feliz; participa de sus cosas y es feliz con su felicidad.

En otras palabras, cuando Pablo dice que el amor «no es egoísta», no quiere decir que el amor no debe regocijarse en amar. Más bien quiere decir que el amor no buscará su propia comodidad y bienestar a expensas de los demás.

El valor moral de un acto de amor no se arruina cuando lo que nos motiva a hacerlo es la expectativa de nuestro propio gozo en él y a partir de él. Si no fuera así, un hombre malo que odia al objeto del amor podría considerar que su amor es puro, ya que no entranña gozo en sí mismo; en tanto que un buen hombre, que se deleita en el objeto de su amor, no podría considerar que lo suyo es amor ya que saca «ganancia» y se goza en él, y de esta manera lo arruina.

Por lo tanto, 1Corintios 13:5 («no es egoísta») no se interpone en el camino del hedonismo cristiano. Por el contrario, cuando lo tomamos a la par de 1Corintios 13:3 («si entrego mi cuerpo para que lo consuman las llamas, pero no tengo amor, nada gano con eso») apoya y aclara el hedonismo cristiano: La búsqueda de la verdadera ganancia es una motivación esencial en cualquier buena obra.

¿Cuál es esta «verdadera ganancia»? En 2Corintios 8 Pablo muestra que el amor genuino siempre se relaciona con Dios como ganancia. La situación es que las iglesias en Macedonia demostraron lo que es el verdadero amor por la manera en que respondieron con generosidad al pedido de Pablo a favor de los pobres en Jerusalén. Ahora les explica a los corintios lo que es la naturaleza de este amor.

Queremos que se enteren de la gracia que Dios ha dado a las iglesias de Macedonia. En medio de las pruebas más difíciles, su desbordante alegría y su extrema pobreza abundaron en rica generosidad. Soy testigo de que dieron espontáneamente tanto como podían, y aun más de lo que podía, rogándonos con insistencia que les concediéramos el privilegio de tomar parte en esta ayuda para los santos. Incluso hicieron más de lo que esperábamos, ya que se entregaron a sí mismos, primeramente al Señor y después a nosotros, conforme a la voluntad de Dios. (2 Corintios 8:1-4)

Sabemos que se trata de una descripción de amor porque en el versículo 8 Pablo dice: «No es que esté dándoles órdenes, sino que quiero probar la sinceridad de su amor». Por lo tanto, aquí tenemos un ejemplo para ver cómo es el amor de 1Corintios 13 en la vida real. Los macedonios repartieron sus pertenencias tal como se dice en 1Corintios 13:3: («Si reparto entre los pobres todo lo que poseo»). Sin embargo, aquí está el verdadero amor, mientras que allí no hay ningún amor. ¿Qué fue lo que hizo que la generosidad de los macedonios fuera un acto genuino de amor?

La naturaleza del amor genuino se puede ver en cuatro cosas:

En primer lugar, es obra de la gracia divina. «Queremos que se enteren de la gracia que Dios ha dado a las iglesias de Macedonia» (2Corintios 8:1). La generosidad de los macedonios no era de origen humano. Era una obra de gracia en sus corazones.

En segundo lugar, esta experiencia de la gracia de Dios llenó de gozo a los macedonios. «En medio de las pruebas más difíciles, su desbordante alegría y su extrema pobreza abundaron en rica generosidad» (2Corintios 8:2). Su gozo no se debía a que Dios los había prosperado en el aspecto financiero.

¡No lo había hecho! Tenían gozo en medio de las pruebas más difíciles. Por lo tanto, el gozo era un gozo en Dios y no en los bienes.

En tercer lugar, su gozo en la gracia de Dios fluía en generosidad para suplir las necesidades de otros. «Su desbordante alegría y su extrema pobreza abundaron en rica generosidad» (2Corintios 8:2). Por lo tanto, la generosidad expresada en forma horizontal hacia los hombres fue un desbordamiento del gozo en la gracia de Dios.

En cuarto lugar, los macedonios rogaban que les dieran la oportunidad de sacrificar sus magras pertenencias en beneficio de los santos de Jerusalén. «Soy testigo de que dieron espontáneamente

tanto como podían, y aun más de lo que podían, rogándonos con insistencia que les concediéramos el privilegio de tomar parte en esta ayuda para los santos» (2Corintios 8:3-4). En otras palabras, la manera en la que desbordaba su gozo en Dios se manifestaba en el gozo de dar. Deseaban dar. ¡Era un gozo!

Ahora podemos dar una definición de amor que toma en cuenta a Dios y que también incluye a los sentimientos que deben acompañar los actos externos de amor: El amor es el desbordamiento y la expansión del gozo en Dios, el cual con alegría suple las necesidades de los demás. El amor no es un simple desbordamiento pasivo, sino que es la extensión agresiva y la expansión y la consumación del gozo en Dios, que alcanza incluso a los pobres en Jerusalén.

Es por eso que una persona puede entregar su cuerpo para que lo consuman las llamas y no tener amor (1Corintios 13:3). ¡El amor es el desbordamiento y la expansión del gozo en Dios! No es el cumplimiento de una obligación por esta en sí, ni se trata de ejercer un derecho por este en sí. No se trata de renunciar con decisión a nuestro propio bien teniendo solo en cuenta el bien de la otra persona. En primer lugar, es una experiencia profundamente satisfactoria de la plenitud de la gracia de Dios, y luego es una experiencia dos veces satisfactoria al extender este gozo en Dios hacia otra persona.

Los macedonios descubrieron la tarea del hedonismo cristiano: ¡El amor! Es el desbordamiento y la expansión del gozo en Dios, el cual con alegría suple las necesidades de los demás.

Espero que cada vez se vea con mayor claridad por qué digo esto: Si tratas de abandonar la búsqueda de tu gozo pleno y duradero, no puedes amar a las personas ni agradar a Dios. Si el amor es el desbordamiento y la expansión del gozo en Dios, el cual con alegría suple las necesidades de los demás, abandonar la búsqueda de este gozo es renunciar a la búsqueda del amor. Y si a Dios le agrada el que da con alegría, abandonar la búsqueda de esta alegría te lleva en una dirección que no le agrada a Dios. Si somos indiferentes en cuanto a si hacemos una buena obra con alegría, somos indiferentes a lo que le agrada a Dios.

Por lo tanto, es esencial que seamos cristianos hedonistas en el nivel horizontal en nuestras relaciones con otras personas y no solo en el eje vertical en nuestra relación con Dios. Si el amor es el desbordamiento y la expansión del gozo en Dios, el cual con alegría suple las necesidades de los demás, y si Dios ama al que da con alegría, este gozo de dar es una obligación cristiana, y no buscarlo es pecado.

A esta altura sería fácil interpretar mal el hedonismo cristiano como si en él no existiera el llanto, pues quizá daría la impresión de que el énfasis en el gozo descarta el dolor y el sufrimiento. Esto sería un gran error. Pablo describe su vida con la frase: «Aparentemente tristes, pero siempre alegres» (2Corintios 6:10). Nos ordena: «Lloren con los que lloran» (Romanos 12:15). Cuando piensa en los de su misma raza que perecen dice: «Me invade una gran tristeza y me embarga un continuo dolor» (Romanos 9:2). Cuando les escribe a las iglesias que están en pecado, lo hace «con gran tristeza y angustia de corazón, y con muchas lágrimas» (2 Corintios 2:4).

El contentamiento de un cristiano hedonista no es una serenidad mística que no se inmuta ante el sufrimiento de los demás. En este mundo pecaminoso marcado por la trivialidad, se trata de un contentamiento profundamente insatisfecho. Siente sin cesar más hambre del banquete de la gracia de Dios. Y hasta la medida de contentamiento que Dios le otorga aquí y ahora contiene un impulso insaciable de expandirse hacia otros (2Corintios 8:4; 1 Juan 1:4).

El gozo cristiano se manifiesta como un contentamiento insatisfecho cada vez que percibe la necesidad humana. Comienza a expandirse en amor para llenar esa necesidad y producir el gozo de la fe en el corazón de la otra persona. Aun así, como siempre existe un obstáculo, o un lapso entre el momento en que percibimos la necesidad de una persona y el tiempo final en el que podemos regocijarnos al ver el gozo restaurado en ella, en ese intervalo hay lugar para el llanto. El llanto de compasión es el del gozo que se encuentra obstaculizado al extenderse hacia otro.

Si el bien de los demás no nos produce ningún placer, no sentiremos ninguna clase de dolor cuando se vea el impedimento del bien. Por lo tanto, no te equivoques, el amor se encuentra en una apasionada búsqueda para satisfacer nuestros deseos más profundos al buscar el bien del ser amado, centrándonos en Dios. El hedonismo cristiano rechaza la grandilocuente filosofía que dice: «Para el cristiano, la felicidad nunca debe ser el fin a perseguir. Siempre es la sorpresa inesperada de una vida de servicio».

Una de las razones bíblicas más claras para rechazar este concepto habitual es la cita que hace Pablo de las palabras de Jesús en Hechos 20:35. Se derraman muchas lágrimas cuando Pablo concluye su despedida dirigida a los ancianos de Efeso. Dice: «Con mi ejemplo les he mostrado que es preciso trabajar duro para ayudar a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús: "Hay más dicha en dar que en recibir"».

No sentiremos la fuerza hedonista de estas palabras si no meditamos en la palabra recordando. Pablo no solo dijo que hay más dicha en dar que en recibir. Dijo que es de vital importancia que recordemos esto en nuestras obras de amor. Ténganlo presente. No lo olviden. Dejen que tenga su efecto motivador.

La mayoría de los cristianos está de acuerdo en que hay más dicha en dar que en recibir; pero muchos tienen serias dudas en cuanto a que debemos sentirnos motivados por esta verdad. Dicen que la bendición viene como resultado de dar, pero que si esa bendición se convierte en nuestra motivación, se arruina el valor moral de dar y nos convierte en mercenarios. La palabra recordando en Hechos 20:35 es un gran obstáculo para este concepto popular. ¿Por qué Pablo les diría a los ancianos de la iglesia que tuvieran presente las alegres bendiciones que provienen de dar si, en realidad, esto convierte a los ministros en mercenarios?

No entiendo cómo se puede valorar la palabra recordando en Hechos 20:35 y seguir pensando que está mal buscar la recompensa del gozo en el ministerio. Por el contrario, Pablo piensa que es necesario mantener con firmeza este gozo frente a nosotros. «¡Recuerden! Hay más dicha en dar que en recibir».

Una de las razones por las que Pablo habla de esta manera es que el costo del amor es tan alto en esta vida que no lograríamos sobrevivir a él de ninguna manera sin la esperanza del gozo centrado en Cristo en esta vida y más allá de la tumba. Pablo dijo: «Si la esperanza que tenemos en Cristo fuera solo para esta vida, seríamos los más desdichados de todos los mortales» (1Corintios 15:19). En otras palabras, una vida de amor, con todo el dolor y el riesgo que implica, sería la vida de un tonto si no existiera una recompensa más allá de la tumba.

En esta línea de pensamiento seguía a su Maestro, pues Jesús motivó los actos difíciles de amor de la misma manera: «Serás dichoso [cuando sirves al pobre], pues aunque ellos no tienen con qué recompensarte, serás recompensado en la resurrección de los justos» (Lucas 14:14).

El amor cuesta mucho. Siempre implica que nos neguemos a nosotros mismos de alguna manera. «El que ama su vida la pierde; y el que aborrece su vida en este mundo, la conservará para vida eterna» (Juan 12:25, LBLA). El amor le costará la vida en este mundo, pero en el mundo venidero, los goces de la vida eterna son una recompensa más que suficiente. El hedonismo cristiano insiste en que la ganancia eterna sobrepasa el dolor temporal. Afirma que existen tipos singulares y maravillosos de gozo que florecen solo en la lluviosa atmósfera del sufrimiento. «El alma no tendrá un arco iris si los ojos no tienen lágrimas».

El escritor del libro de hebreos lo enseñó con una claridad impecable.

¿De dónde sale la compasión por los presos cuando el costo quizá sea que nos arrebaten nuestras posesiones? Aquí tenemos la respuesta que daba la iglesia del primer siglo: «También se compadecieron de los encarcelados, y cuando a ustedes les confiscaron sus bienes, lo aceptaron con alegría, conscientes de que tenían un patrimonio mejor y más permanente» (Hebreos 10:34).

Durante los primeros días de su conversión, a algunos cristianos los llevaron a la cárcel a causa de su fe. Los demás se encontraban frente a una difícil elección: ¿Nos metemos bajo tierra y permanecemos «a salvo» o visitamos a nuestros hermanos y hermanas que están presos y arriesgamos nuestras vidas y nuestros bienes? Escogieron el camino del amor y aceptaron el riesgo. «También se compadecieron de los encarcelados, y cuando a ustedes les confiscaron sus bienes, lo aceptaron con alegría».

La clave del amor era el gozo. Sin embargo, ¿de dónde venía este gozo? La respuesta es: «Conscientes de que tenían un patrimonio mejor y más permanente». Esta palabra conscientes actúa de la misma manera que la palabra recordando en Hechos 20:35: «Recordando las palabras del Señor Jesús: "Hay más dicha en dar que en recibir"». El hecho de saber que Dios les ofrecía una recompensa mejor y eterna era lo que les daba libertad a los cristianos para correr el riesgo de pagar el costo del amor. El poder para amar se sostenía en la búsqueda de un gozo mejor y eterno.

Una vez más el escritor vuelve al mismo punto con el ejemplo de Moisés en Hebreos 11. Por la fe Moisés, ya adulto, renunció a ser llamado hijo de la hija del faraón. Prefirió ser maltratando

con el pueblo de Dios a disfrutar de los efímeros placeres del pecado. Consideró que el oprobio por causa del Mesías era una mayor riqueza que los tesoros de Egipto, porque tenía la mirada puesta en la recompensa, (versículos 24-26)

Moisés es un héroe para la iglesia porque el gozo que había en la recompensa prometida hizo que, en comparación, considerara los placeres de Egipto como basura.

Eran demasiado breves y pequeños comparados con la recompensa. Esta búsqueda de la recompensa total y eterna del gozo centrado en Cristo lo ligó para siempre al pueblo de Israel en amor. Soportó sufrimientos increíbles en el servicio al pueblo de Dios, a pesar de que hubiera podido pasar toda su vida en medio de los lujos de Egipto. El poder del amor fue la búsqueda de placeres mayores en la presencia de Dios, en lugar de los placeres pasajeros del pecado en Egipto.

Aun así, el escritor de hebreos se reservó el ejemplo más asombroso para el final. ¿Qué sostendría el mayor acto de amor que jamás se realizara en la historia del mundo, es decir, la muerte agonizante de Jesús en nuestro lugar? La respuesta es la misma: «Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe, quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz» (Hebreos 12:2).

El acto de amor más grande que jamás haya existido fue posible porque Jesús buscó el mayor gozo que se pueda imaginar, a saber, el gozo de ser exaltado a la diestra de Dios en la reunión de un pueblo redimido. ¡Por el gozo puesto delante de Él sufrió la cruz!

El hedonismo cristiano tiene un compromiso absoluto de amar como Jesús. No nos atrevemos a vivir basados en motivaciones mayores que aquellas en las que se basaba Él. ¿Qué refrena el amor en el mundo de hoy? ¿Será que todos tratamos de complacernos a nosotros mismos? ¡No! La razón es que somos demasiado fáciles de complacer.

El mensaje que se debe gritar desde las azoteas es: ¡Mundo, escucha! ¡Todavía no eres lo bastante hedonista! Eres demasiado fácil de complacer. Eres como los niños que hacen pasteles de lodo en un chiquero porque no son capaces de imaginar lo que son unas vacaciones junto al mar. Dejen de acumular tesoros en la tierra donde la polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones se meten a robar. ¡Acumulen tesoros en los cielos! (Mateo 6:19-20). Ya no se queden satisfechos con el pequeño rendimiento de dos por ciento de placer que se devora la polilla de la inflación y el óxido de la muerte. Inviertan en los bonos de alto rendimiento y de primera calidad del cielo, que están divinamente asegurados. Entregar la vida a los placeres y las comodidades materiales es como arrojar dinero al agujero de una rata. No obstante, una vida invertida en obras de amor produce dividendos de gozo sin par y sin fin, aun cuando nos cuesten las posesiones y la vida en esta tierra.

Ven a Cristo en cuya presencia hay plenitud de gozo y delicias para siempre. Únete a las obras del hedonismo cristiano, pues el Señor del cielo y de la tierra, Jesucristo, habló: ¡Hay más dicha en amar que vivir en el lujo!

Hasta aquí hemos visto una breve reseña de lo que es el estilo de vida al cual llamo hedonismo cristiano. He tratado de dar una visión de lo que significa en su sentido vertical en relación con Dios y en su sentido horizontal en relación con el hombre; esto es esencial en toda verdadera adoración y virtud. Glorifica a Dios, debilita el orgullo, atrapa los sentimientos del corazón y soporta el costo del amor. He tratado de mostrar que es absolutamente bíblico y antiguo, aunque es tajante y controversial.

Ahora me dedicaré a ilustrar algunos efectos prácticos de esta visión en cuatro esferas de la vida y el ministerio: la adoración colectiva, el matrimonio, el dinero y las misiones. Si la visión es verdadera, el fruto en todos estos campos debiera ser la gloria de Dios y la santidad de su pueblo.

¿QUÉ SIGNIFICA PARA LA ADORACIÓN?

La revolución moderna en contra del anticuado hedonismo cristiano ha matado el espíritu de adoración en muchas iglesias y en muchos corazones. La idea generalizada de que los grandes actos morales deben estar libres de interés personal es una gran enemiga de la verdadera adoración. La adoración es la acción moral más alta que pueda realizar un ser humano; por lo tanto, el único fundamento y la única motivación que la gente puede concebir para este acto es el concepto moral del cumplimiento desinteresado del deber. Sin embargo, cuando la adoración se reduce a un deber desinteresado, deja de ser adoración, pues se trata de una fiesta que se basa en las gloriosas perfecciones de Dios en Cristo.

Dios no recibe honra cuando celebramos los supremos días de nuestra relación por un simple sentido del deber. Recibe honra cuando esos días son nuestro deleite. Por lo tanto, para honrar a Dios en adoración no debemos buscarlo desinteresadamente por temor a obtener alguna clase de gozo en la adoración que arruine el valor moral de la acción. Por el contrario, debemos buscarlo de manera hedonista, como un ciervo sediento busca con ansias la corriente de agua, precisamente por el gozo de ver y saborear a Dios. La adoración no es nada menos que la obediencia al mandamiento de Dios: «Deléitate en el SEÑOR» (Salmo 37:4).

La virtud mal dirigida asfixia el espíritu de la adoración. La persona que tiene la vaga idea de que pasar por alto el interés personal es una virtud y que es un vicio buscar placer, apenas estará en condiciones de adorar, pues la adoración es la tarea más hedonista de la vida y no se debe arruinar con el más simple pensamiento de desinterés. El gran obstáculo de la adoración no es que estenios buscando el placer, sino que estemos dispuestos a conformarnos con algunos placeres dignos de compasión.

Todos los domingos a las once de la mañana, Hebreos 11:6 entra en combate con las concepciones populares de la virtud desinteresada. «Sin fe es imposible agradar a Dios, ya que cualquiera que se acerca a Dios tiene que creer que él existe y que recompensa a quienes lo buscan». No se puede agradar a Dios si no nos acercamos a El esperando una recompensa. Por lo tanto, la adoración que le agrada a Dios es buscarlo con hedonismo. ¡Él es nuestra recompensa extremadamente grande! En su presencia hay plenitud de gozo y a su diestra hay delicias para siempre. Estar satisfechos por todo lo que Dios es para nosotros en Jesús es la esencia de la auténtica experiencia de adoración. La adoración es la fiesta del hedonismo cristiano.

Considera tres repercusiones de la adoración colectiva.

En primer lugar, el verdadero diagnóstico de una adoración débil no es que nuestra gente venga a recibir y no a dar. Más de un pastor reprende a la gente de su iglesia diciéndole que las reuniones tendrían más vida si vinieran a dar en lugar de recibir. Existe un diagnóstico mejor.

La gente debe venir a los cultos de adoración corporativa a recibir. Deben venir muertos de hambre por Dios. Deben venir diciendo: «Cual ciervo jadeante en busca del agua, así te busca, oh Dios, todo mi ser» (Salmo 42:1). Dios recibe una profunda honra cuando las personas saben que morirán de hambre o de sed si no lo tienen. Y mi tarea como predicador es presentarles un banquete. Debo mostrarles a través de las Escrituras lo que puede saciar su hambre: Dios, y luego, debo alimentarlos bien hasta que digan: «Ahhhh». Eso es adoración.

En segundo lugar, al ver que la esencia de la adoración es la satisfacción en Dios, la adoración colectiva se centrará por completo en Él.

No hay nada que eleve a Dios a un lugar más supremo y central que la condición de una persona que se encuentra convencida por entero de que nada (ni el dinero, ni el prestigio, ni el tiempo libre, ni la familia, ni el trabajo, ni la salud ni los deportes, los juguetes, ni los amigos), le traerá satisfacción a su corazón dolorido aparte de Dios. Esta convicción forma personas que van con todas sus fuerzas en busca de Dios cada domingo por la mañana.

Si el centro de atención pasa a ser lo que nosotros le damos a Dios en lugar de lo que El nos da a nosotros, uno de los resultados es que sutilmente Dios deja de estar en el centro y, en cambio, ese lugar lo ocupa la calidad de lo que damos. ¿Cantamos como es digno para el Señor? ¿Los músicos tocan sus instrumentos con la calidad adecuada al Señor? ¿La predicación es una ofrenda apropiada para el Señor? A primera vista, esto suena noble, pero poco a poco el centro deja de ser la presencia del todo indispensable del Señor mismo y pasa a ser la calidad de nuestra actuación. Y hasta comenzamos a definir la excelencia y el poder de la adoración en términos de la calidad técnica de nuestras acciones artísticas.

No hay nada que mantenga a Dios en el centro de la adoración como la convicción bíblica de que la esencia de la adoración es la profunda y sincera satisfacción en El, y la convicción de que la búsqueda de esa satisfacción es la razón por la cual estamos juntos.

En tercer lugar, el hedonismo cristiano protege la primacía de la adoración al obligarnos a ver que la actitud esencial del corazón que adora es un fin en sí mismo.

Si la esencia de la adoración es la satisfacción en Dios, no puede ser un medio para ninguna otra cosa. Sencillamente no se le puede decir a Dios: «Deseo satisfacerme en ti para poder tener alguna otra cosa». Eso querría decir que, en realidad, no estás satisfecho en Dios, sino en otra cosa. Y así se deshonorra a Dios, no se le rinde adoración.

No obstante, lo cierto es que para muchas personas y pastores, el acto de «adoración» del domingo por la mañana se concibe como un medio para lograr algo más que adoración. «Adoramos» para juntar dinero; «adoramos» para atraer a las multitudes; «adoramos» para sanar las heridas humanas; «adoramos» para reclutar obreros; «adoramos» para mejorar la moral de la iglesia; «adoramos» para darles una oportunidad a los músicos talentosos de llevar a cabo su llamado; «adoramos» para enseñarles a nuestros niños el camino de la rectitud; «adoramos» para

ayudar a los matrimonios a que permanezcan juntos; «adoramos» para evangelizar a los perdidos que se encuentran entre nosotros; «adoramos» para darles a nuestras iglesias la sensación de familia, etc., etc.

En todo esto, denigramos la adoración y denigramos a Dios. Los sentimientos genuinos hacia Dios son un fin en sí mismos. No le puedo decir a mi esposa: «Me deleito profundamente en ti... así que me harás una rica comida». Así no resulta el deleite. A ella la dejará hecha polvo. No es tener una rica comida en mente. No le puedo decir a mi hijo: «Me encanta jugar a la pelota contigo, así que cortarás el césped». Si tu corazón en verdad encuentra deleite en jugar con él, ese deleite no se puede desarrollar como un medio para lograr que él haga algo.

No estoy negando que la adoración colectiva vital no tenga cientos de buenos efectos sobre la vida de la iglesia. Hará que todo sea mejor, como el verdadero afecto en el matrimonio. Lo que quiero decir es que en la medida que «adoremos» por estas razones, dejará de ser una adoración auténtica. Lo que nos guarda de esta tragedia es mantener la satisfacción en Dios en el centro.

¿QUÉ SIGNIFICA PARA EL MATRIMONIO?

En el matrimonio hay mucha miseria debido a que los esposos y las esposas buscan su propio placer, pero no buscan el de su cónyuge. El mandamiento bíblico para los esposos y las esposas es que busquen su propio gozo en el gozo de su cónyuge; que hagan del matrimonio una matriz para el hedonismo cristiano.

Creo que no debe haber otro pasaje más hedonista en la Biblia como el que habla del matrimonio en Efesios 5:25-30.

Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella para hacerla santa. El la purificó, lavándola con agua mediante la palabra, para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable. Así mismo el esposo debe amar a su esposa como a su propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo, pues nadie ha odiado jamás a su propio cuerpo; al contrario, lo alimenta y lo cuida, así como Cristo hace con la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo.

Se les dice a los esposos que amen a sus esposas como Cristo amó a la iglesia. ¿De qué manera la amó? «Se entregó por ella». ¿Y por qué? «Para hacerla santa». ¿Por qué quería hacerlo? «Para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante».

¡Ah! ¡Ahora sí! «Por el gozo que le esperaba [a El], soportó la cruz» (Hebreos 12:2). ¿Qué gozo? El gozo de unirse en matrimonio con su novia, la iglesia. Jesús no quiere una esposa sucia e impura. Por lo tanto, estuvo dispuesto a morir para purificar y lavar a su prometida de manera que pudiera presentársela a sí mismo «radiante».

¿Y cuál es el gozo supremo de la iglesia? ¿No es acaso que la purifique y la lave de manera que luego se presente como una novia ante el soberano y glorioso Cristo? Entonces, Cristo buscó su propio gozo, sí, ¡pero lo buscó en el gozo de la iglesia! Eso es lo que hace el amor: busca su propio gozo en el gozo del ser amado.

En Efesios 5:29-30, Pablo lleva aun más lejos el hedonismo de Cristo: «Pues nadie ha odiado jamás a su propio cuerpo; al contrario, lo alimenta y lo cuida, así como Cristo hace con la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo». ¿Por qué Cristo sustenta y cuida a la iglesia? Porque somos miembros de su propio cuerpo, y ningún hombre jamás odia a su propio cuerpo. En otras palabras, la unión entre Cristo y su esposa es tan estrecha («una carne») que cualquier bien que se le haga a ella es un bien que se le hace a El. La patente afirmación de este texto es que este hecho motiva al Señor a sustentar, cuidar, santificar y limpiar a su esposa.

De acuerdo con algunas definiciones populares, esto no puede ser amor. El amor, dicen, debe estar libre de todo interés personal, en especial el amor parecido al de Cristo, en especial el amor

del Calvario. Nunca he visto que este concepto acerca del amor cuadre con este pasaje de la Escritura. Este texto dice a las claras que lo que Cristo hace por su iglesia se llama amor. «Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia». ¿Por qué no dejamos que el texto nos defina el amor en lugar de sacar nuestra definición de la ética o la filosofía?

De acuerdo con este texto, el amor es la búsqueda de nuestro gozo en el santo gozo del amado. No hay manera de excluir del amor el interés personal, pero el interés personal no es lo mismo que el egoísmo. El egoísmo busca su propia felicidad a expensas de los otros. El amor busca su felicidad en la felicidad del ser amado. Hasta llegará a sufrir y a morir por el ser amado a fin de que su gozo se complete en la vida y en la pureza de ese ser amado.

Si un esposo quiere ser obediente, debe amar a su esposa de la manera que Cristo amó a la iglesia. Es decir, debe buscar su propio gozo en el santo gozo de su esposa. «Así mismo el esposo debe amar a su esposa como a su propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo» (versículo 28). En otras palabras, los esposos deberían dedicar la misma energía, el mismo tiempo y la misma creatividad a hacer felices a sus esposas que lo que dedican con naturalidad para hacerse felices a sí mismos. El resultado será que, al hacerlo, encontrarán su propia felicidad. Esto se debe a que el que ama a su esposa se ama a sí mismo. Como la esposa es una carne con su marido, lo mismo se aplica a su amor por él.

Pablo no construye un dique para contener el río del hedonismo; construye un canal para que fluya. Dice: «Esposos y esposas, reconozcan que en el matrimonio se han convertido en una sola carne. Si viven para sus placeres privados a expensas de su cónyuge, están viviendo en contra de ustedes mismos y están destruyendo su gozo. No obstante, si se dedican con todo el corazón al gozo santo de su cónyuge, también vivirán para su propio gozo y moldearán su matrimonio a la imagen de Cristo y de su iglesia». Esto es lo que Dios se propuso para el matrimonio: Presentar la gloria de Cristo mediante tu búsqueda del gozo en el santo gozo de tu ser amado.

¿QUÉ SIGNIFICA PARA EL DINERO?

El dinero es la moneda del hedonismo cristiano. Lo que hagas con él, o lo que desees hacer, puede construir o destruir tu felicidad para siempre. La Biblia deja en claro que lo que sientes con respecto al dinero es capaz de destruirte: «Los que quieren enriquecerse caen en la tentación y se vuelven esclavos de sus muchos deseos. Estos afanes insensatos y dañinos hunden a la gente en la ruina y en la destrucción» (1 Timoteo 6:9).

Este pasaje nos enseña a usar nuestro dinero de tal manera que obtengamos la ganancia que es mayor y más perdurable. Es decir, defiende el hedonismo cristiano. Confirma que Dios no solo nos permite que huyamos de la destrucción y busquemos el placer cabal y duradero, sino que nos ordena que lo hagamos. Implica que todos los males de este mundo no suceden porque nuestros deseos de felicidad sean demasiado fuertes, sino porque son tan débiles que nos conformamos con los placeres pasajeros que compra el dinero y que no satisfacen nuestros anhelos más profundos, sino que al final, destruyen nuestra alma. La raíz de todos los males es que tenemos la tendencia a amar al dinero en lugar de amar a Dios (1 Timoteo 6:10).

El pasaje de 1 Timoteo 6:5-10 es tan importante que debemos meditar en esto con más detenimiento. Pablo le advierte a Timoteo en contra de los: hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia; apártate de los tales. Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. (RV-60)

En otras palabras, cuidado con los hábiles engañadores que han descubierto que pueden sacar sus buenas ganancias aprovechándose de la piedad. De acuerdo al versículo 5, estos sujetos utilizan la piedad como un medio de ganancia. Tienen tanta adicción al dinero que la verdad ocupa un lugar muy pequeño en sus sentimientos. No se «gozan en la verdad». Se regocijan en la evasión de impuestos. Están dispuestos a utilizar cualquier interés popular nuevo para hacerse de unos cuantos billetes. Si el resultado en materia de dinero es abultado y sucio, no importan las estrategias publicitarias engañosas. Si la piedad está de moda, vendamos piedad.

Pablo hubiera podido responder a este esfuerzo por convertir la piedad en ganancia diciendo: «Los cristianos hacen lo bueno solo porque es lo que deben hacer. No los motivan la ganancia». Sin embargo, eso no es lo que dice Pablo. Sus palabras son: «Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento» (versículo 6). En lugar de decir que los cristianos no viven para la ganancia, dice que deberían vivir para una ganancia, mayor que las que persiguen los que

aman el dinero. La piedad es una forma de obtener una gran ganancia, pero solo si nos contentamos con la sencillez en lugar de codiciar riquezas. «Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento».

Si la piedad te libertó de tu deseo de ser rico y te ayudó a estar satisfecho con lo que tienes, tu piedad te trae una inmensa ganancia. «Aunque el ejercicio físico trae algún provecho, la piedad es útil para todo, ya que incluye una promesa no solo para la vida presente sino también para la venidera» (1Timoteo 4:8). La piedad que supera la codicia de la riqueza material produce una gran riqueza espiritual. La esencia del versículo 6 es que es muy provechoso no perseguir la riqueza.

Lo que sigue en 1Timoteo 6:7-10 (RV-60) son las tres razones por las que no deberíamos andar detrás de las riquezas.

Sin embargo, primero quiero insertar una aclaración. Muchos negocios legítimos dependen de las grandes concentraciones de capital. No se puede construir una nueva planta industrial (que les da empleo a miles de personas y que produce mercaderías que valen la pena), sin que existan millones de dólares de patrimonio. Por lo tanto, los gerentes de asuntos económicos a menudo tienen la responsabilidad de generar reservas.

Cuando la Biblia condena el deseo de enriquecerse, no necesariamente condena un negocio que pretende expandirse y que por lo tanto necesita mayores reservas de capital. Es posible que los que manejan el negocio codicien más riqueza personal o que tengan motivaciones más nobles al pensar en la manera en que la expansión de su productividad beneficiará a la gente.

Aun cuando una persona competente acepte un ascenso o un trabajo mejor remunerado, eso no es suficiente para condenarlo por el deseo de enriquecerse. Tal vez aceptó el trabajo porque tiene ansias de poder, de prestigio y de lujos o, satisfecho con lo que tiene, quizá su intención sea la de utilizar el dinero extra para fundar una agencia de adopción, para dar becas, enviar misioneros o fundar un ministerio en su ciudad.

Trabajar para ganar dinero para la causa de Cristo no es lo mismo que desear ser rico. La advertencia de Pablo no va en contra del deseo de ganar dinero para satisfacer nuestras necesidades y las necesidades de los demás; su advertencia va en contra del deseo de tener cada vez más dinero con la estimulación del ego y los lujos materiales que eso puede traer.

Veamos las tres razones que Pablo da en los versículos 7 a 10 por las cuales no deberíamos aspirar a ser ricos.

En primer lugar, en el versículo 7 dice: «Porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar». Jamás se ve a un coche fúnebre seguido por un camión de mudanzas.

La persona que pasa su vida tratando de hacerse rico es un tonto. No está en contacto con la realidad. Nos iremos tal como vinimos. Imagínate a cientos de personas que entran en la

eternidad a raíz de un accidente aéreo en el mar de Japón. Se encuentran delante de Dios despojados por completo de sus tarjetas de crédito, de sus chequeras, de sus líneas de crédito, de sus ropas de marcas reconocidas, de sus libros para obtener el éxito y de las reservaciones en el hotel Hilton. Aquí se encuentran los políticos, los ejecutivos, el mujeriego y el joven misionero, todos en el mismo nivel, con las manos absolutamente vacías, trayendo solo lo que tenían en el corazón. Cuan absurdo y trágico se verá en aquel día el que ama al dinero.

No malgastes tu preciosa vida tratando de hacerte rico, Pablo dice: «Porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar».

En segundo lugar, en el versículo 8 Pablo añade otra razón por la que no debemos perseguir la riqueza: «Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto». Los cristianos pueden y deben estar contentos con lo necesario en la vida. Cuando se tiene a Dios cerca y a nuestro favor, no necesitamos cosas ni dinero extra para tener paz y seguridad. Hebreos 13:5-6 lo dice más claro que el agua: Manténganse libres del amor al dinero, y conténtense con lo que tienen, porque Dios ha dicho: «Nunca te dejaré; jamás te abandonaré». Así que podemos decir con toda confianza: «El Señor es quien me ayuda; no temeré. ¿Qué me puede hacer un simple mortal?».

No importa cuáles sean los movimientos del mercado, Dios siempre es más precioso que el oro. Sus promesas de ayuda cortan las cuerdas de la esclavitud del amor al dinero.

La tercera razón por la cual no debemos perseguir la riqueza es que esta persecución terminará destruyendo nuestras vidas. A esto se refiere (RV-60):

Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe y fueron traspasados de muchos dolores.

Ningún cristiano hedonista desea lanzarse a la ruina y a la destrucción ni que los traspasen muchos dolores. Por lo tanto, ningún cristiano hedonista desea ser rico. En cambio, deseamos utilizar nuestro dinero para aumentar nuestro gozo de la manera en que nos lo enseñó Jesús. El Señor no está en contra de las inversiones, está en contra de las malas inversiones, es decir, de que pongamos nuestros corazones en las comodidades y la seguridad que nos puede dar el dinero en este mundo. Debemos invertir el dinero en las ganancias eternas: “acumulen para sí, tesoros en el cielo” (Mat. 6:20)

¿Cómo? Lucas 12:32-34 nos da una respuesta: No tengan miedo, mi rebaño pequeño, porque es la buena voluntad del Padre darles el reino. Vendan sus bienes y den a los pobres. Provéanse de bolsas que no se desgasten; acumulen un tesoro inagotable en el cielo, donde no hay ladrón que aceche ni polilla que destruya. Pues donde tengan ustedes su tesoro, allí estará también su corazón.

Por lo tanto, la respuesta a cómo debemos acumular tesoros en los cielos es invirtiendo los tesoros terrenales con propósitos misericordiosos en el nombre de Cristo aquí en la tierra. Dale a los que se encuentran en necesidad, esa es la manera de llegar a tener bolsas en el cielo. Fíjate con cuidado que Jesús no solo dice que los tesoros en los cielos serán el resultado inesperado de la generosidad en la tierra. No, dice que debemos procurar los tesoros en los cielos. ¡Comienza a acumular! «Provéanse de bolsas acumulen un tesoro inagotable en el cielo». Esto es hedonismo cristiano puro.

A Dios no se glorifica cuando nos guardarnos para nosotros mismos (por más agradecidos que estemos) lo que debiéramos usar para aliviar la miseria de millones de personas que no han escuchado el evangelio, analfabetos, personas que no tienen medicamentos, ni comida. La evidencia de que el materialismo occidental ha engañado a muchos que profesan ser cristianos es lo poco que damos y lo mucho que poseemos. Y por una ley casi irresistible del consumismo, hemos comprado más casas cada vez mayores, más autos cada vez más nuevos, más ropa de mayor estilo, más carne de mejor calidad, y toda clase de baratijas, artilugios, contenedores, dispositivos y equipos para hacer que la vida sea más divertida.

Algunos cristianos quizá objeten: ¿Acaso la Biblia no promete que Dios va a prosperar a su pueblo? ¡Claro que sí! Dios aumenta nuestra producción para que al dar seamos capaces de probar que nuestro dios no es la producción. Dios no prospera a un hombre de negocios para que cambie su Ford por un BMW. Dios lo prospera a fin de que miles de personas sin evangelizar logren escuchar el evangelio. Lo prospera para que veinte por ciento de la población mundial retroceda un paso del precipicio de la muerte que viene por inanición.

La vida es guerra. Las víctimas son millones y lo que está en juego es eterno. Lo que necesitamos hoy no es un llamado a la simplicidad, sino un llamado a la guerra. Debemos pensar en términos de un «estilo de vida guerrero» en lugar de un «estilo de vida simple». He utilizado la frase «necesidades de la vida» porque Pablo dijo en 1 Timoteo 6:8: «Así que, si tenemos ropa y comida, contentémonos con eso». Aun así, esta idea de las necesidades básicas quizá nos lleve a un error. Me refiero a un estilo de vida que no esté cargado de cosas que no son esenciales, y el criterio para determinar qué es lo «esencial» no debería ser la sencillez primitiva, sino la eficacia para el tiempo de guerra.

El misionero de gran visión Ralph Winter ilustra esta idea de un estilo de vida guerrero:

El Queen Mary, que descansa en la bahía de Long Beach, California, es un museo fascinante del pasado. Como se usó tanto como crucero de lujo en tiempos de paz y transporte de tropas durante la Segunda Guerra Mundial, su estado actual como museo, con una longitud de tres campos de fútbol, presenta un contraste sorprendente entre los estilos de vida apropiados en la guerra y en la paz. En una parte se puede ver el comedor reconstruido para mostrar la mesa puesta para los tiempos de paz de una manera que les resultara apropiada a los ricos patrones de la clase alta para los cuales la deslumbrante disposición de los cuchillos, tenedores y cucharas no encerraba

ningún misterio. En la otra parte, las evidencias de las austeridades de la guerra marcan un gran contraste. Una bandeja de metal con divisiones sustituye a quince platos y platillos. Las literas, no dobles, sino amontonadas de ocho en ocho, explican por qué el barco que tenía capacidad para tres mil personas en época de paz albergó a quince mil en tiempo de guerra. ¡Qué repugnante debe haber sido esta transformación para los señores de los tiempos de paz! A fin de hacer estos cambios hizo falta una emergencia nacional, por supuesto. La supervivencia de una nación dependía de ello. La esencia de la Gran Comisión hoy en día es que la supervivencia de muchos millones de personas depende de que se lleve a cabo.

La vida es guerra. En medio de esta atmósfera, suena hueco todo lo que se diga del derecho que tiene un cristiano de vivir en el lujo «como un hijo del Rey», sobre todo porque el mismo Rey se quitó la ropa para la batalla.

El mensaje del hedonismo cristiano suena con claridad en 1 Timoteo 6. Habla en especial acerca del dinero y el objetivo es ayudarnos a poner nuestro corazón en la vida eterna. Cuidado con el deseo de enriquecerse (versículo 9). «Pelea la buena batalla de la fe; haz tuya la vida eterna» (versículo 12). Pablo nunca se entretiene con las cosas secundarias. Vive al borde de la eternidad. Por eso ve las cosas con tanta claridad. Quiere atesorar buen fundamento para el futuro, (versículo 19),. No desea la ruina, la destrucción y el tormento, (versículos 9 y 10). Desea toda la ganancia que le pueda traer la piedad (versículo 6).

Entonces, usa la moneda del hedonismo cristiano con sabiduría: No desees ser rico; conténtate con lo que es necesario para vivir en tiempos de guerra; pon toda tu esperanza en Dios; cuídate del orgullo y permite que tu gozo en Dios se desborde en una riqueza de liberalidad que alcance a un mundo perdido y necesitado.

¿QUÉ SIGNIFICA PARA LAS MISIONES?

A partir de lo que vimos acerca del dinero, queda claro que el grito de batalla del hedonismo cristiano son las misiones mundiales que sacrifican las comodidades y la seguridad del hogar para alcanzar a las personas sin evangelizar del mundo. Es paradójico que aquí, donde los sacrificios son mayores, las alegrías son más profundas. Y la búsqueda de estas alegrías es el motor de la evangelización mundial. Después que Jesús les dijo a sus discípulos lo difícil que era que un rico entrara al reino de los cielos (Marcos 10:23), Pedro dijo: «¿Qué de nosotros, que lo hemos dejado todo y te hemos seguido?» (Versículo 28). Es evidente que Jesús percibió un dejo de autocompasión. Lo que le dijo a Pedro ha hecho que miles de misioneros dejen todo lo que tienen en su hogar para seguir a Cristo a los lugares más duros del mundo. Jesús dijo: — Les aseguro — respondió Jesús — que todo el que por mi causa y la del evangelio haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o terrenos, recibirá cien veces más ahora en este tiempo (casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y terrenos, aunque con persecuciones); y en la edad venidera, la vida eterna. (Marcos 10:29-30)

Esto no quiere decir que uno se vuelva rico en el aspecto material al convertirse en un misionero. Si se ofrece para el servicio misionero con esa idea, el Señor lo pondrá frente a las siguientes palabras: «Las zorras tienen madrigueras y las aves tienen nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza» (Lucas 9:58).

En cambio, el asunto es que si quedas privado de tu familia terrenal por el servicio a Cristo, tendrás cien veces más en tu familia espiritual, la iglesia. Muy bien, ¿pero qué hay de los misioneros solitarios que trabajan durante años sin estar rodeados por cientos de hermanas y hermanos ni de madres o hijos en la fe? ¿Es válida la promesa para ellos?

Claro que lo es. Sin duda, lo que Cristo quiere decir es que El mismo recompensa cada sacrificio. Si uno renuncia al afecto y al cuidado de una madre que está cerca, recibe a cambio cien veces más afecto y cuidado de parte de Cristo que está siempre presente. Si uno renuncia a la cálida camaradería de un hermano, recibe cien veces más el afecto y la camaradería de Cristo. Si uno renuncia al calor del hogar que se siente en la casa, recibirá cien veces más la comodidad y la seguridad de saber que nuestro Señor es el dueño de todas las casas, de todas las tierras, los arroyos y los árboles de la tierra. A los futuros misioneros, Jesús les dice: Prometo estar contigo (Mateo 28:20). Te respaldaré y trabajaré a tu favor de tal manera que nunca podrás decir que sacrificaste algo.

En esencia, Jesús dice que cuando uno «se niega a sí mismo» por causa de Él y del evangelio, se está negando un bien menor en pro de un bien mayor. En otras palabras, Jesús desea que pensemos en el sacrificio de manera tal que no quede lugar para la autocompasión. Esto es, por cierto, lo que enseña el texto acerca de negarnos a nosotros mismos.

—Si alguien quiere ser mi discípulo —les dijo—, que se niegue a sí mismo, lleve su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa y por el evangelio, la salvará. (Marcos 8:34-35)

Jesús no nos pide que seamos indiferentes a nuestra destrucción. Por el contrario, supone que el anhelo de una verdadera vida nos guiará a negarnos a nosotros mismos todos los placeres y las comodidades menores de la vida. La medida de nuestro anhelo por la vida es la cantidad de comodidad a la que estamos dispuestos a renunciar para obtenerla. La dádiva de vida eterna en la presencia de Dios se glorifica si estamos dispuestos a aborrecer nuestras vidas en este mundo para poder asir esa vida eterna (Juan 12:25). Allí yace el valor centrado en Dios de la negación de uno mismo.

Es por eso que muchos misioneros han dicho, luego de vidas de grandes sacrificios: «Jamás hice un sacrificio». El 4 de diciembre de 1857, David Livingstone, el gran pionero de las misiones en África, hizo un llamado conmovedor a los estudiantes de la Universidad de Cambridge, mostrándoles que, a través de años de experiencia, había aprendido lo que Jesús trataba de enseñarle a Pedro:

La gente habla del sacrificio que he hecho al pasar tanto tiempo de mi vida en África ¡Afuera con esta palabra desde semejante punto de vista y con semejante forma de pensar! De manera categórica digo que no existe tal sacrificio. Más bien diría que se trata de un privilegio. La ansiedad, la enfermedad, el sufrimiento o el peligro de tanto en tanto, frente a las pasadas comodidades y beneficios de esta vida, pueden hacer que nos detengamos y que nuestro espíritu flaquee y nuestra alma se hunda; pero que esto sea tan solo por un momento. Todo esto no es nada comparado con la gloria que se revelará en nosotros y para nosotros [Romanos 8:18]. Jamás hice un sacrificio.

El gran incentivo para entregar nuestra vida a la causa de las misiones es la recuperación de diez mil por ciento de la inversión. Los misioneros han sido testigos de esto desde el comienzo... desde el apóstol Pablo.

Sin embargo, todo aquello que para mí era ganancia, ahora lo considero pérdida por causa de Cristo. Es más, todo lo considero pérdida por razón del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo he perdido todo, y lo tengo por estiércol, a fin de ganar a Cristo. Lo he perdido todo a fin de conocer a Cristo, experimentar el poder que se manifestó en su resurrección, participar en sus sufrimientos y llegar a ser semejante a él en su muerte. (Filipenses 3:7-8, 10)

Pues los sufrimientos ligeros y efímeros que ahora padecemos producen una gloria eterna que vale muchísimo más que todo sufrimiento. (2Corintios 4:17; véase Romanos 8:18)

Es sencillamente asombrosa la similitud que tienen los testimonios de los misioneros que han sufrido por el evangelio. Casi todos ellos soportan el testimonio gracias al abundante gozo y las compensaciones absolutas.

Las misiones son la entrada y salida automática del amor de Cristo. Nos deleitamos en aumentar nuestro gozo en El al extenderlo a otros. Como dijo Lottie Moon: «Sin duda, no puede existir un gozo mayor que el de salvar almas».

En 1897, Samuel Zwemer, su esposa y sus dos hijas zarparon hacia el Golfo Pérsico para trabajar entre los musulmanes de Bahrein. Su evangelización fue en buena parte carente de frutos. En julio de 1904, sus dos hijas de cuatro y siete años murieron con una diferencia ¡de ocho días. Sin embargo, cincuenta años más tarde, Zwemer miró hacia atrás a aquel período y escribió: «Vuelvo a sentir otra vez el puro gozo de todo aquello. Con gusto lo volvería a hacer».

Los misioneros no son héroes que pueden hacer alarde de sus grandes sacrificios para Dios. Son los verdaderos cristianos hedonistas. Saben que el grito de batalla del hedonismo cristiano son las misiones. Han descubierto cien veces más gozo y satisfacción en una vida dedicada a Cristo y al evangelio que en una vida dedicada a las comodidades frívolas y a los placeres y avances mundanos. Es verdad, hay sufrimiento, desilusión y pérdida; pero a todo esto lo sobrepasa la promesa superior de todo lo que Dios es para ellos en Jesús. Se han tomado a pecho su reprensión: ¡Cuidado con tener un espíritu de autocompasión por el sacrificio! ¡Las misiones son ganancia! ¡Ganancias multiplicadas por cien!

El 8 de enero de 1956, cinco indios aucas de Ecuador mataron a Jim Elliot y a sus cuatro compañeros misioneros mientras trataban de llevar el evangelio a los aucas. Cuatro jóvenes esposas perdieron a sus esposos y nueve niños perdieron a sus padres. Elisabeth Elliot escribió que el mundo dijo que esto fue una espantosa tragedia. Luego añadió: «El mundo no reconoció la verdad de la segunda cláusula del credo de Jim Elliot:

"No es un tonto aquel que entrega lo que no puede retener para ganar lo que no puede perder"».

Dios no puso a Jim Elliot, a Samuel Zwemer y a Lottie Moon en el mundo solo para mostrarnos su gozosa tribulación, sino también para despertar nuestra pasión por imitarlos. En Hebreos 13:7 dijo: «Acuérdense de sus dirigentes, que les comunicaron la palabra de Dios. Consideren cuál fue el resultado de su estilo de vida, e imiten su fe», y en Hebreos 6:12: «Imiten a quienes por su fe y paciencia heredan las promesas». Por lo tanto, si descubres en tu alma el anhelo de la clase de satisfacción en Dios que libertó a estos santos para ofrecer un sacrificio de amor, saboréalo, y aviva las brasas con oración antes de que las extinga Satanás. Este quizá sea un momento decisivo en tu vida.

Un llamado final

El hedonismo cristiano es el llamado de Dios a abrazar el riesgo y la realidad de sufrir por el gozo puesto delante de nosotros. Cristo decidió sufrir, y esto no vino por casualidad. Lo eligió como la manera de crear y perfeccionar a la iglesia. Nos llama a que tomemos la cruz y lo sigamos en el camino del Calvario, nos neguemos a nosotros mismos y hagamos sacrificios en pro de ministrar a la iglesia y presentar sus sufrimientos al mundo. Sin embargo, nunca olvides, como predicó Jonathan Edwards en 1723: «La abnegación destruye la raíz misma y el cimiento de la tristeza».

La respuesta a este llamado es un paso radical del hedonismo cristiano. No escogemos el sufrimiento solo porque esto es lo que debemos hacer, sino porque Aquel que nos dice que lo hagamos lo describe como el camino al gozo eterno. No nos llama para que lo sigamos en la obediencia del sufrimiento a fin de que demos la fuerza de nuestra devoción hacia el deber, ni para revelar la fuerza de nuestra resolución moral, ni para que probemos los elevados niveles de nuestra tolerancia frente al dolor, sino más bien para manifestar, con una fe infantil, el valor infinito de sus promesas que lo satisfacen todo.

Esta es la esencia del hedonismo cristiano. En la búsqueda del gozo a través del sufrimiento, magnificamos el valor absolutamente satisfactorio de nuestra Fuente de gozo. El mismo Jesucristo brilla como la luz al final de nuestro túnel de dolor. Él es la meta y el fundamento de nuestro gozo en el sufrimiento. Por lo tanto, el significado de la exaltación de Cristo en nuestro sufrimiento es este: ¡Cristo es ganancia! Ay, mundo, despiértate y ve, ¡Cristo es la ganancia!

El objetivo principal del hombre es glorificar a Dios. En el sufrimiento más que en cualquier otra cosa se vuelve cierto que Dios es más glorificado en nosotros cuando más satisfechos estamos en Él. Mi oración, por lo tanto, es que el Espíritu Santo derrame sobre su pueblo en todo el mundo una pasión por la supremacía de nuestro Señor y Dios, Jesucristo. La búsqueda del gozo en Cristo, sea cual sea el dolor, es un testimonio poderoso del valor supremo de Cristo y de la satisfacción absoluta que hay en Él. Y por eso llegue a suceder que toda la gente del mundo vea la belleza de Cristo, la imagen de Dios, y magnifiquen su gracia en el gozo de la fe salvadora.
